

El corazón contrito

Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios (Salmos 51.17).

La esencia de ser cristiano consiste en tener un corazón cristiano. Las palabras y las acciones manan del corazón. Cuando el corazón es recto, las palabras y las acciones serán rectas (Mateo 12.34; Proverbios 4.23). Dios desea que le demos el corazón, porque al tener el corazón, tiene el resto de lo que somos.

Cuando el hijo pródigo volvió a su padre, no tenía nada que darle a este, excepto su corazón (Lucas 15.11–32). No tenía amigos que darle, porque estos lo habían abandonado. No tenía dinero, porque había gastado todo lo que se le había dado. No tenía reputación, porque su reputación de joven bueno había sido echada a perder después de haber vivido un período de desenfreno. Ni siquiera le quedaba algo de amor propio. No tenía nada que dar, excepto su corazón. Cuando se encontró con su padre, esto fue lo único que en efecto pudo decir: «Heme aquí. He venido a ti con un corazón arrepentido. Un corazón arrepentido es todo lo que puedo darte. Solo hazme como a uno de tus jornaleros, y con eso me conformaré».

Se sorprendió al descubrir que todo lo que su padre deseaba era su corazón arrepentido y contrito. El padre lo recibió como venía, dándole a entender este mensaje: «Porque tienes un corazón recto, a partir de ahora te recibiré y te trataré como a mi hijo. No tendrás que ganarte otra vez mi estima. Me has dado tu corazón, y sobre esta base, por mi gracia, te impartiré la condición de hijo».

Nosotros somos como el pródigo; no tenemos nada que dar a Dios, excepto el corazón. Lo único que realmente poseemos es el corazón. No tenemos posesiones materiales, ni casas, ni dinero, ni tierra. Todas estas cosas son solamente prestadas. Pertenecen a Dios, no a nosotros. Lo único que Dios ha elegido darnos es nuestro corazón. Por lo tanto, cuando elegimos andar con Dios, Él pide lo único que tenemos, y esto es el corazón. Cuando Él recibe nuestro corazón, recibe todo lo demás.

El corazón que Dios desea que llevemos delante

de Él, podría describirse como un corazón contrito:

Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios (Salmos 51.17).

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados (Isaías 57.15).

¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios (Miqueas 6.7–8).

¿Qué es exactamente un corazón contrito? ¿Qué características tiene?

UN CORAZÓN QUE RECONOCE SUS FALTAS

En primer lugar, debemos entender que el corazón contrito, el corazón que agrada a Dios, es un corazón arrepentido y que reconoce sus faltas. ¿Quién es el que tendrá comunión con Dios? «El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño» (Salmos 24.4).

Dios nos ha dado a entender claramente que el «corazón perverso se apartará de [Él]» y que Él «no [conocerá] al malvado» (Salmos 101.4). Así, nuestra oración a Dios debe ser esta: «Escudríñame, oh Jehová, y pruébame; examina mis íntimos pensamientos y mi corazón» (Salmos 26.2); «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí» (Salmos 51.10).

Suponga que el hijo pródigo hubiera venido a su padre con un espíritu altivo y arrogante, y no

con la actitud de uno que reconoce su pecado. ¿Lo hubiera recibido el padre?

Jesús recalcó la contrición en la parábola que contó acerca de los dos hombres que fueron al templo a orar. Uno de estos era fariseo, y el otro reconocía que era pecador. Uno estaba lleno de orgullo, y el otro estaba contrito. El orgulloso oró consigo mismo, pero el contrito oró a Dios.

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador (Lucas 18.10-14).

Recuerde la bienaventuranza de Jesús: «Bienaventurados los pobres en espíritu...» (Mateo 5.3). Bienaventurados los que tienen su orgullo en bancarrota, porque ellos recibirán riquezas espirituales. Bienaventurados los que reconocen que son pecadores y se arrepienten de conformidad con lo ordenado por Dios, porque ellos serán perdonados y andarán con Dios.

UN CORAZÓN QUE SE DEJA ENSEÑAR

El corazón contrito es también un corazón que se deja enseñar. Procura hacer la voluntad de Dios.

Tal vez esta sea una verdad que el Señor tenía presente cuando dijo que Sus discípulos debían hacerse como niños. Hemos de hacernos como niños, pero no portarnos como niños.

En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que recibe en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe (Mateo 18.1-4).

Cuando Jesús presentó ante nosotros la ilustración de los niños, es obvio que estaba señalando la clase de corazón que hemos de tener. ¿Cuál es la verdad más manifiesta acerca de los niños? Se dejan enseñar, son receptivos, confiados, puros e inocentes. Estas son características que deberíamos emular. Un corazón contrito anhela conocer la voluntad de Dios, y recibirla.

Se nos dice que el justo es bienaventurado porque «en la ley de Jehová está su delicia, y en su

ley medita de día y de noche» (Salmos 1.2). El justo dice: «El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón» (Salmos 40.8). Esto es lo que dice al orar: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley» (Salmos 119.18); «Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón» (Salmos 119.34).

El que es justo le concede el más alto valor a la voluntad de Dios. Sus pensamientos son como los que expresa el salmista, cuando dice: «Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata» (Salmos 119.72); «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (Salmos 119.97).

El más grande dolor que puede tener en la vida un justo es el no acertar a cumplir la voluntad de Dios: «Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu ley» (Salmos 119.136). Él se opone con todas sus energías a cualquier distorsión de la voluntad de Dios: «La mentira aborrezco y abomino; tu ley amo» (Salmos 119.163).

UN CORAZÓN OBEDIENTE

La tercera característica de un corazón contrito es la obediencia a Dios. El corazón contrito es obediente a Dios por naturaleza.

La persona contrita ruega, diciendo: «Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos» (Salmos 119.10). La única aspiración que tiene es esta: «Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, para que no sea yo avergonzado» (Salmos 119.80).

¿Por qué desechó Dios a Faraón? Las Escrituras nos dicen que este endureció su corazón contra Dios. En otras palabras, desechó la voluntad de Dios. La voluntad de Dios, o nos hace humildes o nos endurece. Del mismo modo, el sol derrite la mantequilla, pero endurece la arcilla. El corazón contrito se ensancha y es receptivo a la voluntad de Dios y es de este modo moldeado por ella.

A menos que el centro mismo de nuestra alma y la esencia de nuestro ser sean hechos obedientes al Dios viviente, Este no nos recibirá.

CONCLUSIÓN

¿Tiene usted un corazón contrito? La contrición, esto es, el quebrantamiento y el arrepentimiento, es un conjunto que incluye un corazón que confiesa sus pecados, se deja enseñar y es obediente.

Puede que una persona muera físicamente de sangrado interno, aunque no se le observe herida visible por fuera. Del mismo modo, un cristiano puede morir espiritualmente por causa de un corazón endurecido, un corazón indiferente o un corazón mundano, antes de que la condición llegue

a ser manifiesta a los demás. Puede que tal persona asista a los cultos, puede que participe en las actividades espirituales, y que lea la Biblia; y a pesar de todo esto, puede que su corazón no sea contrito para con Dios. No es lo que nos sucede *a* nosotros, sino lo que sucede *en* nosotros lo que afecta nuestra posición delante de Dios.

Para recibir el poder salvador de Cristo, uno debe morir a sí mismo. Ya alguien dijo que en todo corazón hay una cruz y un trono. Si usted se pone en el trono, entonces Cristo estará en la cruz; para que Cristo esté en el trono, usted debe ponerse en la cruz.

Esto es lo que dice Gálatas 2.20: «Con Cristo

estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí». Cristo no podrá vivir en nosotros mientras no muramos a nosotros mismos, esto es, a nuestros prejuicios y a nuestro egoísmo. Pedro había muerto a algunas cosas, pero no al exclusivismo judío (vea Gálatas 2.10–11). Por lo tanto, Pablo lo reprendió. Esto fue lo que en efecto le dijo: «Pedro, tienes que crucificar tu actitud judía, para que la actitud de Cristo pueda morar plena y completamente en ti».

Eddie Cloer

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS